

EN LA MUERTE DE CANDELARIO OBESO

Obeso! alguna vez la musa mía
Pensando en tus dolores,
Supo dictarme aquella poesía,
Que acalló la profana vocería
Con que el vulgo humillaba tus amores.
Yo te llamé al camino de la gloria
A tu ambición abierto;
Te mostré el cielo y te mostré la escoria,
Y el lazo de esta vida aleatoria
Donde tu pobre corazón ha muerto.
Aquella vez alzaste la cabeza
Y brilló tu mirada
Con la soberbia luz de la grandeza,
Con la arrogante, varonil firmeza
Que hasta á las mismas penas anonada;
Y extendiendo tu brazo al infinito
Azul del firmamento
Borraste un nombre en tu memoria escrito,

Nombre ominoso yá –pero bendito–
Para hacer el solemne juramento:–
“De luchar hasta el fin de la pelea
Como leal soldado;
De ser como el Herrero de la aldea,
Que en el hierro que bate y que caldea
Hace brillar el pensamiento alado;
De dominar instintos y pasiones
Con la razón por guía;
De arrostrar tempestades y aquilones;
De limar-trabajando-las prisiones
De esta cárcel de horror muda y sombría;
Y de cantar al fin en las alturas
El secular hossana
Del que depone, con las manos puras,
En la tumba las limpias vestiduras
Que llevó erguido en la tragedia humana”.

Y ahora estás ahí!...Ya no pregona
Tu lira de poeta
La excelencia y virtud de tu Madona¹,

¹ *Lecturas para ti.*

Ni el perezoso ribereño entona
Los dulces cantos de tu musa inquieta²,
Ni depuestos los bélicos arreos,
En el combate ajados,
Buscarás nuevos lauros y trofeos
Trocando los cuarteles en liceos
Y enseñando la ciencia á tus soldados.
Como tampoco escucharás las horas
En el reloj tardías
Componiendo Baladas y Doloras;
Ni alegrarán tus lúgubres auroras
De Otelo las grandiosas armonías.
Otelo!... Sombra para tí sublime,
Impiedad de los celos
Que el amor de Desdémona redime,
Serpiente silbadora que te oprime,
Que lleva en sus anillos tus anhelos!...

El cantor de *La Lucha de la Vida*,
El vigoroso y fuerte,
Fue de su mismo sér el homicida;
Cambió el campo de acción con su partida
Y hoy lucha con las sombras de la muerte.
Saciado habrá los únicos rencores
De su alma grande y buena;
Él no era de los nobles y señores
Y el parangón de razas y colores
Fue su constante y maldecida pena;
Como si en esa mísera crujía,
Donde ya en paz reposa,
—En vasta y silenciosa compañía—
Hubiera otra sagrada jerarquía
Que el nombre que dejamos en la losa.
Y el que de humilde cuna se levanta
Y con bellas acciones
El negro de su cutis abrillanta,
Ufano puede adelantar su planta
Al solio, á la tribuna y los salones.
Este pródigo suelo colombiano
Tiene un cenit inmenso,
Y hay para todo sol un meridiano,
Y para todo huérfano un hermano,

2 *Cantos populares de mi tierra.*

Y para todo altar el mismo incienso.
Y tú, feliz constelación de ideas,
Huérfano gemebundo,
En el camino del honor flaqueas,
Desciendes de las órbitas febeas
Para robarnos el calor de un mundo...!

Ah! si cumplido hubieras la promesa
Que te recuerdo ahora
Con voz amiga y con el alma opresa,
Este reproche que en mis labios pesa
No avivara el dolor que me devora.
Mas la impaciencia te acechó cobarde
Y en infernal celada
Te venció sin estrépito ni alarde:
–La gloria viene demasiado tarde,
Duérme más bien el sueño de la nada.

Hiciste tú querer: así te plugo
Y el libre muere ufano;
Descansa en paz: ya no vendrá el verdugo,
De Dios y el Rey bajo el protervo yugo,
A manchar tu cadáver con su mano.

ANTONIO JOSÉ RESTREPO
(Concordia, Antioquia, 1855 – Barcelona, España, 1933)